

y Aragón, con estas palabras: «Es un libro que intenta desarrollar el mundo, resolverle, mostrarle tumefacto para despertar su verdadera idea; aclara más el arte nuevo.» Adriano del Valle, a su vez, dedica a J. J. Casal con motivo de la publicación de su libro de poemas *Arbol* estos graciosos versos:

*Julio J. Casal plantó su Arbol  
en la aborígen isla  
de una edición del Pablo  
y Virginia.  
La luna, su insomnio pálido  
(luna, ex libris del alba)  
fue en las hojas hojeando...  
La mañana se abría,  
alcoba de los héroes románticos  
de Chateaubriand. La brisa  
ya no empuja las velas de los barcos,  
de aquel brick que, por la calma chicha,  
en la ensenada azul se mece anclado.  
Todo ajeno a la envidia...  
Todo ajeno al dolor...  
Inexplorado...  
Aquí*

*Julio J. Casal plantó su Arbol  
Lo cultivó sin prisa  
como en Jardín Botánico,  
y el fruto que le dio fue la Alegría.  
Esto dijo en su voz, en el ya clásico  
puro del aire azul, la golondrina.*

#### «ALFAR» Y «LES NOUVELLES LITTÉRAIRES»

Adolphe Folgaroille entrevista para *Alfar* a Maurice Martin du Gard, fundador y director de *Les Nouvelles Littéraires*, y a Jacques Guenne, director de *L'Art vivant*. Sus palabras están recogidas en el número 59. El segundo de ellos manifiesta con «cuánta estima e interés se sigue en esta casa de la cooperación intelectual la aventura de la revista coruñesa». Martin du Gard, tras expresar la identidad de propósitos de su revista con *Alfar* —«acoge toda suerte de tendencias a fin de expresar el gusto y la medida que de ellas se desprenden»—, añade, refiriéndose a los jóvenes literatos franceses: «Me acusaría a mí mismo si no citara los nombres de algunos marcados por una especie de locura y genio. ¿Un Montherlan? Ya lo conocen en España. En cuanto a André Breton, Louis Aragón, en ellos se encuentran estos anarquistas que todo período francés ha soportado. Generalmente se

termina bastante bien. Véase Barrés. Es verdad que él era infinitamente más prudente que los Superrealistas.»

«Al dar la una» es el título de un drama en un acto de Ricardo Baroja. Sospecho que no ha sido recogido ulteriormente en volumen. Gira alrededor del viejo reloj de una iglesia marinera cuya historia cuenta el sacristán a dos visitantes. Las dos figuras talladas en los badajos representan al relojero y a la relojera. Por celos mató aquél a su aprendiz, y la gente del poblado tiene miedo de acercarse allí. Uno de los visitantes bromea con el relojero; se rompe la cuerda y el badajo lo mata. Junto a los dibujos de Juan Gris y una reseña de José María de Cossío, habitual colaborador de la sección de libros, sobre poesía portuguesa, lo más destacable del número son dos sonetos de Jorge Luis Borges, ya recogidos en el volumen: «Villa Urquiza» y «Las Palmas». En el 60, que corresponde a agosto-septiembre de 1926, Max Aub y Gerardo Diego publican dos cuentos breves; Antonio Oliver Belmás ofrece otra muestra de su prosa poética, y Mauricio Bacarisse firma un largo poema, «De profundis»: «Recordaron los cirios, el panal y el enjambre; / las cuatro tablas toscas, más que la fruta el nido...»

#### SEGUNDA ETAPA DE «ALFAR». CARTA DE UNAMUNO

En el citado número 60 una pequeña nota advertía: «Ausentándose para el Uruguay Julio J. Casal, se suspende hasta su regreso la publicación de esta revista. Se ruega enviar la correspondencia a la calle Ellauri... Montevideo.» Pero un año más tarde, en julio de 1927, aparece el número 61. Como director figura ahora Juan González del Valle, colaborador de *Vida* y habitual de *Alfar* con poemas y notas. En la primera página del nuevo número se dice:

En su segunda etapa, *Alfar* se propone continuar su programa y su ideario de la primera: acoger a todos los talentos jóvenes y exaltar y proclamar los valores de la nueva generación de pensadores y poetas, dar un puesto de honor a las señeras figuras que cifran los nuevos módulos estéticos y poner de relieve en suma las inquietudes y anhelos artísticos de nuestro tiempo tan diverso, tan complejo.

Como en el pasado, será una revista moderada e independiente, liberal y ecléctica, amparadora de toda inquietud fecundadora y cerrada a todo gesto vano. Y si ello es posible será más varia y ecléctica a partir de ahora. Ninguna escuela literaria, por el hecho de serlo, nos retendrá. Ni sus cánones, ni sus posiciones de grupo: sólo el fruto que rindan. Sólo los que logren, sea el que fuere el banderín que ostenten, crear belleza y emoción, renovarán fervores en las columnas de *Alfar*. Aquí caben todas las tendencias y todas las formas de expresión.

Termina este breve manifiesto subrayando la firme voluntad de servir de puente entre la cultura literaria española y la de las repúblicas hispanoamericanas: «*Alfar* estará atenta al rumor de ambas orillas. Su misión consistirá en acercar las voces de una y otra.»

La nueva singladura duró sólo dos números, en los que, aun colaborando los habituales, lo único digno de especial mención es una carta de don Miguel de Unamuno a Juan de la Luz León, cónsul de Cuba en La Coruña y colaborador de la revista, a propósito de la publicación de su libro sobre Amiel. Don Miguel la escribe desde su destierro de Hendaya el 6 de agosto de 1927; dado su interés, la transcribo íntegra:

He recibido y leído, señor mío, su libro sobre Amiel. De lo que este hombre, que se pasó la vida haciéndose un alma para conservarla—«el que quiera salvar su alma, la perderá»—, me interesó siempre, le daré idea que se debió a mí la primera traducción española de su *Diario íntimo*. El José González Alonso—gallego que lo tradujo para «La España Moderna», un hombre interesantísimo y de quien he de escribir—era mi íntimo amigo en Salamanca; en mis primeros años se paseaba a diario, solos los dos, conmigo. Influyó en él mucho; él en mí tanto o más. Hizo la traducción sobre mi ejemplar que le presté para ello. Cuando Bouvier—con quien hablé bastante en París, sobre todo de la relación entre Amiel y Sanz del Río a través de Krause—me envió la segunda edición, se me aclaró el fondo del misterio de ese hombre. Y le comprendí como pocos. Porque yo enterré a tiempo a mi *Amiel*. A los veintisiete años me casé, como Amiel se había casado, y mi mujer me ha dado ocho hijos y con el sentimiento de la paternidad el de la filialidad hacia ella. Es mi madre como lo es de mis hijos. Pero en Amiel, en el fondo calvinista, no suena la filialidad—no siente a Dios como Padre—, y por eso no siente la paternidad. Su amistad era la de un solitario sin linaje. Fue un conservativo y no un reproductivo. No quiso darse a los otros, sino alimentarse de ellos. Temió, sin duda, que si se reproducía se perdía para sí. No sintió que darse es hacerse, que morir para otros es resucitar. El acto mismo del amor carnal es una muerte resucitadora.

¿Fue un don Juan casto? Observe que don Juan—tal es mi idea—fue estéril, aunque no impotente; no fue padre. Tan incapaz de amar como Amiel, don Juan fue onanista, sólo que practicó su vicio en el enfaldo de sus seducidas o seductoras. Y en cambio ha habido vírgenes paternas como Jesús y don Quijote. O como Spinoza. De la virginidad paternal de don Quijote hay mucho que decir. ¿Paternal o maternal? Porque hay hombres muy hombres, quiero decir muy viriles, que tienen corazón de madres, que son maternas. Alguna vez he leído aplicado a mujer el dictado de Varona; hay matronas. Como hay patronas. Amiel me ha preocupado siempre. Y es que yo me he librado de él, y antes de leerle. Su problema sexual, fisiológico—en el que se quedaría un freudiano—encierra un problema más hondo metafísico o, mejor, religioso. El Dios asexual de Calvino, ni Padre ni Madre, le predestina

a terrible soledad. Yo fui educado por mi madre viuda—éramos (y somos) cuatro hermanos, y mi padre murió teniendo yo seis años—en el culto doméstico de la Santísima Virgen Madre, como el Niño Jesús en el Catecismo Popular. Y he buscado salvarme dándome. Dándome en carne en mis hijos, dándome en espíritu en mis obras, y la carne es espíritu y el espíritu es carne. Mas por otra parte, no creo que esté en lo cierto mi amigo Madariaga al decir que Amiel fue incapaz de crear. Se creó a sí mismo, se nos dejó en su *Diario*. Como Rousseau, de quien hay quienes creen que, a pesar de lo que escribió, no tuvo hijos, fue estéril. A pesar de Madame Warens y de Teresa, un solitario, acaso un onanista en ellas.

Ahora que preparo un nuevo libro sobre el quijotismo, le doy vueltas a lo de la virginidad en relación con la paternidad (o maternidad). Se puede ser virgen de alma siendo padre o madre; se puede ser sexual sin gota de sentimiento paternal o maternal, y, por tanto, infilial. Y don Juan no conoce el amor. ¡Ah!, gracias por los fragmentos inéditos que usted nos da. El de las páginas 203 a 212 (el fechado 26 de marzo de 1873) es cardinal.

Por una parte la incomprensión por parte de Amiel del catolicismo marianista y por otra parte que en ese fragmento Amiel arguye contra sí mismo. No hay nada más viril que el jesuitismo primitivo, el de Iñigo de Loyola. ¡Pobre Amiel! Jamás comprendió el matrimonio, soñando siempre en él y no cayó en la cuenta que fue Calvino quien más acentuó lo del pecado original. Lo malo es el catolicismo testicular de don Juan, el de «si tan largo me lo fiáis...»

El *Diario íntimo* me recuerda a un pobre loco que se pasó la vida dirigiéndose cartas a sí mismo y contestándolas. Y en el fondo, nada tan opuesto al *Diario* que la correspondencia. La de Flaubert, por ejemplo. Uno se pone ante sí mismo. Y es que el supuesto monólogo con otro, no es monólogo. Hay diálogo cuando se siente la presencia de otro; aunque éste oiga y calle, que el silencio es respuesta y se le oye en la mirada ajena. Y yo desde aquí, a través de su libro, le estoy viendo la mirada. Con toda simpatía y ofreciéndole mi amistad, le despide,

MIGUEL DE UNAMUNO

Desconozco las causas de la nueva interrupción en la vida española de *Alfar*. Juan González del Valle, que en febrero de 1927 había sido elegido académico de número de la Real Academia Gallega, oposita en 1934 a cátedras de Literatura Española de Enseñanza Media y va destinado a Canarias. Terminada la guerra civil, marcha a Francia, donde, según algunos testimonios, murió en un campo de concentración. Otros familiares suyos, en cambio, me aseguran que, gracias a Gabriela Mistral, a quien había conocido durante la estancia de ésta en La Coruña y a quien Casal había avisado para que ayudase a su compañero, logró marchar a México y allí falleció muy pronto.

En 1929 reaparece *Alfar* en Montevideo, con el mismo formato e impulsado y dirigido, naturalmente, por Casal. Y aquí una cosa muy curiosa: la revista lleva el número 61. Es decir, se enlaza con el último número publicado en La Coruña por el consúl. ¿Significa esto que la reaparición con Juan González del Valle no había sido autorizada ni era reconocida por Casal? No lo sé. De vuelta a su país, este último ocupó un cargo en la Asamblea Representativa del Municipio de Montevideo hasta 1933, en que es destinado al Museo Municipal de Bellas Artes. Destituido por la Dictadura en 1937, pasó varios años de gran estrechez económica hasta que fue rehabilitado por la República restaurada. En medio de esos avatares, con periodicidad muy variable van saliendo números de *Alfar*: desde el 61 y 62, repetidos, hasta el 91, correspondiente a enero de 1954. A la nómina de colaboradores habituales se unen Alberti, con más frecuentes poemas, Lorca, Aleixandre, Juan Ramón Jiménez... Cuando estaba aún en prensa el número 91 falleció J. J. Casal. Como un «mensaje de devoción» a su memoria fue añadido a la revista su poema titulado «Recuerdo»:

.....  
*Mi corazón es pájaro de agua  
de tus copiosas venas de la tierra.  
Piensa en un vuelo más que se le ha extraviado.  
Ni tú me esperarás. Ni yo he de ir.  
Hay en mi muerte lluvia. Echala al campo.*

Así terminaba una de las más apasionantes aventuras literarias de los años veinte. Años de transición en la estética, de las que *Alfar*, heredero de *Vida*, fue lo que su significación titular proclamaba: taller en que se amasaban nuevas formas en que escanciar el vino de la poesía.

VÍCTOR G. DE LA CONCHA  
Avenida de Arteijo, 18, 3.º  
LA CORUÑA